

## TÍTULO: COVID 19 HACE LAS MALETAS

AUTOR: Juan Esteban Salamanca

Érase una vez en un pueblo llamado Portillo donde vivían unos científicos que se dedicaban a la búsqueda de nuevas fórmulas para elaborar medicamentos curativos de enfermedades mortales. El negocio no daba para mucho y, entre las pocas ayudas de las administraciones, lo complicado de la actividad y sus escasos resultados, a muchos de los miembros creadores de la empresa nos les quedó más remedio que buscarse la vida en otros países. Sólo Consuelo, Víctor y David se resistían a esa posibilidad, querían seguir viviendo en el pueblo que los vio nacer y crecer. Aunque seguían realizando trabajos de investigación, tuvieron que reinventarse el negocio. Desarrollaban productos naturales respetuosos con el medio ambiente como productos de limpieza, cremas o cualquier producto de composición ecológica. Aún así, apenas les daba para vivir, la gente prefería comprar productos más baratos aunque generasen problemas medioambientales, pues eso del cambio climático era una moda que, seguro, sería pasajera.

Portillo era un pueblo alegre, feliz, lleno de vitalidad. Se veía en cada rincón, en las calles y plazas, en los parques. La gente disfrutaba de su municipio y en su municipio. Los mayores paseaban y convivían con sus gentes; los niños jugaban y se socializaban con otros niños en el cole, los parques, el poli, las canchas, el instituto...

No les faltaba de nada, el sol salía todos los días, pero...

Un día llegó una gran tormenta, con agua, viento, truenos y relámpagos. El cielo se oscureció tanto que parecía que era de noche. Un día y otro y otro.

No sabemos porqué pero la gente empezó a enfermar. Primero unos pocos casos aislados y, después, familias enteras. Empezaron a oírse cientos, miles de habladurías, todas ellas sin base razonada, ni científica ni médica.

Fueron Consuelo, Víctor y David los que descubrieron el causante de esta enfermedad tan maligna, fueron ellos los que dieron nombre al bichito: COVID-19. Debían darse prisa, pero también actuar con precaución. Primero debían analizar los síntomas, después a quienes afectaba con mayor fuerza, cuáles eran las formas de contagio, todo ello para poder acabar con él. Se afanaron en buscar y crear un fármaco que mitigara los efectos del COVID-19.

Mientras, las gentes de Portillo, empezaron a darse cuenta que no podían llevar a cabo una vida normal, que no podían ir a los parques con sus hijos, que no podían ir al mercadillo los martes a hacer la compra, que no podían sentarse en una terraza a tomarse un refresco o una caña...algunos. Y esto estaba resultando un problema, renunciar a la vida feliz que se disfrutaba en Portillo.

Consuelo, Víctor y David seguían trabajando, día y noche, afanados sin descanso en la búsqueda de la fórmula mágica. Incluso pidieron ayuda a algunos de sus compañeros y compañeras con los que tan buenos ratos habían compartido en la Universidad y después en el laboratorio. Sólo Carmen atendió su llamada y al cabo de unos días apareció en Portillo. Lo que se encontró fue desolador, una gran nube negra cubría todo el pueblo, la tristeza impregnaba todas sus calles, plazas y parques. La gente caminaba asustada y con la cabeza metida entre los hombros, nerviosos, sospechosos, huidizos. Llegó al laboratorio

y lo que vio no fue más esperanzador, incluso una pequeña lágrima recorrió toda su mejilla. Pudo reconocer a Consuelo y a Víctor, pero ¿quién era la tercera persona que se hallaba recostada encima de la mesa con la cabeza envuelta entre sus brazos? Dejó de forma silenciosa la maleta en el suelo y tomó aire, dos veces, profundamente. Un ¡hola compañeros, ya estoy aquí! los hizo despertar sobresaltados, ¿quién era? ¿qué haces aquí? ¿dónde estamos? ¿cuántos días llevamos trabajando sin descanso? Todas estas cuestiones pasaron por su mente de forma rápida y fugaz. Se incorporaron, estiraron sus batas blancas, se arreglaron el pelo con sus propios dedos y los cuatro se fundieron en un largo abrazo y un pensamiento ¡¡esto está siendo horrible!!

Carmen, con su positividad que la caracterizaba, rápidamente se puso a hacer preguntas, leer informes, anotaciones, quería saberlo todo, en qué se habían centrado sus investigaciones, cómo había surgido todo, qué logros habían conseguido, cómo afectaba a la población, el porqué de esa maldita nube...

Seguían pasando los días, la gente cada vez caía más enferma, la tormenta, la lluvia, el viento, los truenos, los relámpagos, sobre sus cabezas. En el laboratorio del COVID-19 crecía la desesperanza hasta que, por fin Carmen, dio con la solución. El contagio provenía de esa nube negra, de la lluvia y esa nube crecía y se alimentaba de los propios contagios. La solución estaba clara, la gente debería permanecer en casa, sin salir, confinados, de esa manera cortaríamos el cordón umbilical que proporciona el alimento a la nube.

Se emitió un comunicado de obligatorio cumplimiento en el que se indicaba la absoluta necesidad de quedarse en casa para vencer a este virus.

Pasaron tres días, cinco, seguía lloviendo.

Me desperté sobresaltado, con un sudor frío en la frente. Me agarré fuertemente a la cama. Un segundo, dos, tres. Me di cuenta que algo grande estaba sucediendo. Me levanté sigilosamente y comencé a subir la persiana de forma lenta y silenciosa. Mis pupilas no se adaptaban a lo que estaban viendo, los rayos de sol empezaban a cruzar el cristal de mi ventana. Pero...miré al lado contrario y una espesa nube negra se movía lentamente. Miré hacia abajo, a la calle y lo vi, era COVID-19 cargado con sus maletas. Caminaba despacio, tambaleándose, cansado, derrotado. La nube avanzaba con él. El sol se iba apoderando de la calle. De pronto COVID-19 desfalleció, cayó de bruces en el suelo con sus maletas cogidas de la mano. Intentó incorporarse, pero no pudo, no tuvo tiempo. El último rayo de la tormenta cayó sobre su cuerpo diminuto, débil. Lo desintegró.

Amanecía, el sol cobró fuerza y ganó su sitio en el cielo, la luz, el arco iris.

Portillo volvía a sonreír.

Aprendimos, sí, y eso nos hizo más fuertes, más solidarios y más...HUMANOS.